

Ámbar

Carlos Gómez Carro

MI RELACIÓN CON ÁMBAR era afectuosa, sin dejar de ser reservada. Me confortaba saberla cerca y haber hecho de ella el motivo fundamental de mi inspiración, con su complacido beneplácito. Además, ella siempre me mostró una especial deferencia. Compartíamos pasatiempos y lecturas, y nuestras afinidades llegaban al punto de expresar, en no pocas ocasiones, idénticas frases al mismo tiempo. Recuerdo cuando una mañana, de improviso, me preguntó acerca de unas líneas en donde se advierte que las mujeres son causa de la muerte y a pesar de ello son nuestro calor y alegría. Le dije que eran de Quevedo, sin estar del todo seguro —las habíamos leído juntos—, pero que después le precisaba la fuente. Ámbar era un poco eso, pensé, mi alegría, la expresión tangible del sentido de mi existencia, pero intuía que también era capaz de hacerme un daño irreversible. Mi pudor con ella llegaba a los extremos, sobre todo porque a pesar de nuestra invariable compañía a lo largo de varios años, y nuestra inmediata simpatía desde que nos conocimos al ingresar a la preparatoria y compartir los cursos, siempre uno al lado del otro, alguna vez intenté estrecharla con más ímpetu que el acostumbrado y como respuesta no la vi en más de dos semanas. Se disculpó, habló de su educación, de sus padres; le dije que no importaba, pues no importaba. No quería arriesgar más, me bastaba el hecho de intercambiar libros, asistir a una que otra velada en su compañía y ocasionalmente sentir el calor de sus manos tomadas de las mías, mientras contemplaba su dulce sonrisa o caminábamos juntos. Sentía que su cercanía iba paralela con mi fortuna literaria; después de un benévolo recibimiento de mi primer libro de versos por la crítica, al que siguió otro par con una suerte similar, me resultó cómodo colocar mis

textos en revistas y suplementos de prestigio, de modo que parecía ser una interesante promesa para la literatura y en ello ponía el mayor de mis entusiasmos. Después vinieron los descalabros. Un libro de cuentos con muy poca magia y otro de poemas que fue leído, justamente, como un ejercicio de retórica romántica tardía. No era relevante, tenía a Ámbar como mi escudo frente a cualquier adversidad, ya vendrían mejores tiempos, supuse.

Fue, quizás, entonces cuando Ámbar se empezó a alejar de mí. Las desdichas vienen juntas y no sabe uno cómo conseguiremos sobreponernos a ellas. Fue la tarde en la que había una reunión en mi departamento, amplio pero carente de comodidades, su único lujo era la imagen de un bosque de árboles languidecidos, que habían pasado por la prueba de un incendio y sobrevivían con soberbia e insinuaban un sendero que llevaba a una luminosidad que, no por previsible, resultaba menos estimulante; Alejandro Mireles, promisorio abogado de empresarios y políticos de cepa, a quien ambos habíamos tratado en la adolescencia, capturó su interés aquella vez; a pesar de que Ámbar no compartía el gusto por los temas cercanos a él y antes había manifestado alguna repulsión por su persona. De modales vigorosos y mirada segura, con voz modulada y altiva, poco mostraba ya en sus finos modales y en su impecable vestimenta a quien había sido un golpeador en la preparatoria, donde había servido con vehemencia a los intereses del director del plantel. Junto con un grupo de ex alumnos se dedicaba a esculcar y apropiarse impunemente en los pasillos de la escuela de las pertenencias de los estudiantes, era un modo de persuadirlos para que no pensarán en extravagancias —participar en marchas o en

pintas, por ejemplo— y se dedicaran a tener miedo; eso, a tener miedo. Mi participación protagónica en la revista literaria de la escuela me eximió, supongo, de someterme a sus métodos de control; después de todo, la auspiciaba el mismo director, y qué peligro podían suscitar la difusión de uno o dos versos. Además, la cercanía de Ámbar —tal vez fue lo más relevante, si lo pienso bien—, a quien ella le prodigaba invariablemente un enfático desdén a pesar de sus melosas atenciones, conseguía mantener a Mireles a prudente distancia. Me lo había encontrado hacía poco en una librería que tiene una agradable barra, me saludó como si hubiéramos sido los grandes amigos, por lo cual no me pareció excesivo invitarlo a una de mis reuniones. Me aseguró que seguía con interés mis escritos, y defendía en su propio medio la idea de que, según él sustentada por mí, la política sin la compañía de un ambicioso proyecto cultural carece de sentido. Le dije que sólo difundía el ideal de Vasconcelos, ya que el énfasis dado por el filósofo a la política cultural emanada de la revolución había creado el único momento de una verdadera cultura nativa y un razonable proyecto nacional, sin la supeditación típica que los países latinoamericanos tenemos del pensamiento europeo. Me preguntó por Ámbar, fue entonces que lo invité a la tertulia del día siguiente en mi departamento, y si gustaba, ahí podría saludarla en persona. Veladamente suponía que recibiría de ella el trato acostumbrado. Celebrábamos en aquella ocasión la inclusión como pianista de la Sinfónica Nacional de nuestro amigo Carlos.

En la reunión, Alejandro charló con gran desparpajo con todos mis amigos, como si los conociera de siempre, sin dejar, como era de esperar, de tenerle especial atención a mi Ámbar, quien, para mi asombro, no dejó de charlar con él. En un momento de distracción ya no los vi y después supe por Carlos que ella se había sentido mal y Alejandro se había ofrecido para llevarla a casa, lo cual habitualmente yo acostumbraba hacer. A la mañana siguiente le hablé por teléfono para saber cómo se sentía, fue cuando me preguntó acerca de lo dicho por Quevedo; me agradeció mi preocupación y me dijo que fue un mareo pasajero y ya se sentía bien. Mis reuniones con ella comenzaron a ser menos frecuentes, le surgían actividades impostergables hasta que un día, por una de esas casualidades que siempre ocurren, los vi salir juntos de un céntrico hotel; la mirada de Ámbar era extraviada y bella, él la llevaba de la mano, un paso adelante. Recordé entonces la recomendación de Alfonso Reyes de redactar en frío, cuando los sucesos por escribir adquieren una conveniente lejanía, y aparece entonces, si

tenemos la pertinente destreza, la vestimenta que le provee a los acontecimientos la literatura, de modo que me sumí en un decidido ostracismo. Nada nos dijimos Ámbar y yo ni siquiera como despedida, un simple y rotundo alejamiento. Alejandro me hizo, finalmente y con una elegancia de la que carecía cuando nos conocimos, lo que las circunstancias le evitaron hacerme en la preparatoria; me despojó de ella, como a aquellos a quienes les arrancaba unas monedas o el reloj de pulsera.

En adelante me sumergí en mis estudios y en la preparación de los cursos que impartía en la universidad, eso me permitía omitirla de mi pensamiento a donde obstinadamente regresaba. Después me enteré, a través de Carlos, del casamiento de Ámbar y Alejandro, de la pérdida de su hijo y luego de su divorcio, justo cuando fue electo por el partido oficial para la Cámara de Diputados, listo para saltar a un prominente puesto en el gabinete presidencial. Su segundo matrimonio fue con una acaudalada dama, desposeída de alguna gracia especial, pero heredera única de las acciones de una pujante empresa de alimentos. Era inquietante, en ocasiones, reconocer en sus discursos alguna sombra de mi estilo, algún rastro de mis frases, pero dichas con una energía que no creo haber conseguido expresar en mis textos, como un actor que con mayor denuedo hace suyas las palabras de otro oculto tras bambalinas. Sí, aunque el actor se hace irreal para que surja el personaje y no como un ejercicio de suplantación. De Ámbar, me consolaba verla ocasionalmente en las páginas de sociales, cada vez con menor frecuencia; junto con ella, se había ido mi inspiración; debía refugiarme, y así lo hice, en la lectura y en escribir acerca de otros libros, los cuales a fin de cuentas son de todos. Para mí, Ámbar fue el modo de advertir que la literatura me había elegido; por lo que su alejamiento era el modo contundente de saber que la luz de la inspiración, para mí, se había apagado. Además, ¿qué podía decir acerca de la belleza? Aun así, mi disciplina, la madre de toda obra, me condujo a escribir algunos volúmenes de crítica literaria que me recuperaron algún modesto lustre. Era invitado aquí o allá a dar alguna ponencia sobre literatura comparada. Durante uno de mis regresos, después de un conflictivo y penoso viaje desde California, el taxi que me llevaba a casa tuvo un aparatoso accidente. Perdí la vista.

Consideré que la nueva desgracia era la culminación de las otras; sin embargo, fue cuando conocí a Alicia. Había participado en la misma mesa de trabajo durante el coloquio en Los Ángeles al que asistí; trabajaba como traductora y



llegamos a intercambiar algunas impresiones de sobremesa en la típica reunión de cierre de un congreso. Ella venía en el mismo vuelo a la ciudad de México y me apoyó, sin solicitárselo, en una querrela con las autoridades migratorias norteamericanas acerca de mis *subversive activities*, que me retuvieron en el aeropuerto angelino varias horas; les dije que no era merecedor de tal distinción, pues lo más subversivo que había intentado era lanzar avioncitos con poemas escritos en ellos –lo cual ni siquiera era novedoso– a los asistentes al auditorio Simón Bolívar de la preparatoria, mientras mis amigos y yo leíamos nuestros versos, pero les prometí que en el futuro me aplicaría para ser merecedor de esa fama. Rememoré mis días juveniles y recapacité con tristeza que Mireles y yo no habíamos estado tan alejados. Alicia, con gran paciencia, me ayudó a disipar la confusión y pude viajar. Cuando se enteró de mi accidente, de inmediato fue al hospital y me acompañó ahí durante toda mi estancia. Nos hicimos un poco más que amigos cercanos. Conocí la felicidad.

Mi pluma recuperó su vigor, la poesía la entendí entonces como un ejercicio de rebelión, la trinchera desde la cual meditamos acerca de nuestras miserias y, ocasionalmente, alguna esperanza que nos permite resistir, y no para lanzar avioncitos de papel, lo cual llevó con naturalidad a la publicación de unos versos que fueron ensalzados un poco en demasía. Mi amiga se hizo mi confidente, mi cómplice, mi compañera. No dejaba de haber algo turbio en ello. En los sueños y durante la vigilia solía asociar, aun sin desearlo, las palabras y las caricias de Alicia, nuestras charlas, con la imagen de Ámbar. Era algo involuntario, aunque no siempre era así. La ausencia de la vista dejaba a la imaginación tantear en su propio albedrío y ahí ocurría el misterio. ¿Era un modo de traicionar o de ser fiel? Pienso que es el tema verdadero de mi libro; fidelidad y traición, ambas situaciones ocurren de modo simultáneo y nos llevan, con la culpa y las dudas en el medio, a la dicha y a la desgracia, según circunstancias que en el mejor de los casos sólo mucho después logramos desentrañar. Aunque esto no lo

haya insinuado, y nadie lo haya referido, pues cada quien lee lo que le gusta descubrir, lo que significa en cada uno. Pero gustar, después de todo, es el ardid de toda obra, y mis versos, después de muchos años, volvían a gustar. La ceguera me permitía ese juego. He llegado en este silencio de los ojos, que afina los poderes de la reflexión, a creer que nunca fuimos expulsados del Paraíso, lo hecho por Dios –supongamos que existió, aunque después nos haya olvidado– fue ocultarlo ante nuestros ojos; lo distorsionamos con nuestras obsesiones y con nuestro apetito por las apariencias, con el dulce sabor de la manzana degustada en el paladar. Y la apariencia que incendia nuestros ojos es la esencia de nuestra percepción del mundo. Perseguimos la belleza y la acatamos, a pesar de que, a veces, la belleza es perversa, convenenciera y nos confunde; nos subyuga su influjo, muy a pesar de conocer sus desdichas. Mi amor por Ámbar fue, tal vez, consecuencia de que ella era la más deseada en la prepa, era el degustador, al menos eso se suponía, de la fruta prohibida, lo que me hacía sentir invencible; mi amor por ella no provenía de alguna cualidad espiritual, de un modo peculiar de verla o de verme en ella, o de la identidad milagrosa entre los enamorados. Simplemente, me daba prestigio su presencia y estimulaba mi ego. Pero aun con este convencimiento, ella estaba en las figuraciones de mi noche eterna, y podía imaginarla en la ternura, la calidez y las atenciones innumerables de Alicia. No debía hacerle demasiados reproches a mi dicha, pues el no saber bien a bien cuál era la apariencia de Alicia conseguía la libertad de deshojarla en la imaginación.

Surgió entonces la posibilidad de recuperar la vista. Era necesaria una delicada intervención quirúrgica. Alicia, Carlos ni mis otros amigos entendían mis reticencias. No comprendían como yo las virtudes de la ceguera. Finalmente acepto y me entrevisto con el doctor Cárdenas quien me habló, con la solemnidad habitual, de las ventajas y posibles inconvenientes de la intervención médica. La posibilidad de volver a leer los libros que mi memoria desgastaba y pulía (lo cual no dejaba de tener su parte grata), ver con detalle el cambiante rostro de Alicia y de su entorno, compartir con ella y los amigos la luz de la mañana y aun el sucio gris de las aceras y el neón de los anuncios era demasiado tentador, mi manzana. La noticia empezó a formar parte de las notas de las secciones culturales de los diarios, la ceguera había

extinguido en mí cualquier pudor frente a las grabadoras, a las que alimentaba con mi fallida memoria, pero capaz de inexactitudes ocasionalmente felices.

Vino la operación y después algunas semanas de espera; un suspenso un poco cursi, pero inevitable. Y aquí estoy. Es necesario mantener los párpados cerrados durante este tiempo, por lo que me fue colocada una mascarilla para impedirlo; aparte, debía mantener una posición fija, lo cual se consiguió con una cama especial y unas correas que me mantienen casi inmóvil y en una posición rígida. Carlos me ha confiado que Ámbar desea verme, lo cual rechacé sin mucha convicción. Alicia casi siempre está a mi lado, aunque a veces se retira para asistir a su trabajo y por asuntos que no faltan. Anoche –supongo que ya era noche– la oí entrar. La saludé y me dijo “descansa” muy levemente, acarició mi mano y la contagió con una inusual electricidad, olí su perfume y entonces recordé que era el preferido por Ámbar. Me besó sin decir palabra alguna y me hizo el amor con una delicadeza infinita durante minuciosos minutos. Sentí, apenas con mis manos resguardadas, su pelo terso, sus labios agitados y suaves, y en ese momento le dije “Ámbar”. No hubo respuesta. Me invadió el agobio. Se retiró en silencio y regresa ahora para estar presente a la hora de quitarme las vendas, la mascarilla y las correas; para mi alivio, me trata con su cálida charla de siempre. El doctor Cárdenas, junto con las enfermeras y un asistente, me anuncia con cautela previsible, que podría no ver nada en un principio o de una manera distorsionada; es lo normal, lo sé, debo considerar un magro desenlace. Mis párpados duelen, están libres, retorna la inmensa luz sin mayores preámbulos, a pesar de la penumbra de la habitación. Me detengo en el rostro de Alicia sin reconocerlo, si no fuera por su entrañable voz, tal vez es natural. En eso entra Carlos acompañado por una dama de grata estampa, a quien de inmediato identifico. El pelo suelto, la figura esbelta a pesar de los años, los ojos grandes y penetrantes, melancólicos. Las huellas del sufrimiento también son bellas. Me angustia reconocer en este instante que el Paraíso ha sido vedado a nuestros ojos. •

CARLOS GÓMEZ CARRO es profesor-investigador del Área de Literatura de la UAM-A; coordinador editorial de *Tema y Variaciones de Literatura*, revista del Departamento de Humanidades.